

La Epopeya de Iquique y el Combate de Punta Gruesa

21 DE MAYO DE 1879

Por

Rodrigo FUENZALIDA Bade
Capitán de Navío (R.).
Armada de Chile

MOVIMIENTOS DE LOS BELIGERANTES

El 16 de mayo de 1879, el Almirante don Juan Williams Rebolledo salía con su Escuadra con rumbo hacia El Callao con el propósito de batir allí a la Escuadra peruana. Dejó, sin embargo, en Iquique, a cargo del bloqueo, a la corbeta "Esmeralda", la goleta "Covadonga" y el transporte "Lamar", que había recalado en ese puerto el día 9, con carbón, víveres y municiones. El mismo día, como un presagio del destino, el Presidente del Perú, don Mariano Ignacio Prado, presionado por la opinión pública, resolvió salir con su Escuadra hacia Arica. El 19, un día neblinoso, y como Williams no llevaba ningún tipo de exploración hacia el lado de la costa, ambas Escuadras se cruzaron más o menos a la altura de Pisco y fracasaría en consecuencia el plan de ataque a El Callao.

Cuando la Escuadra peruana llegó a Arica, el Presidente Prado supo que en Iquique habían quedado sólo la "Esme-

ralda" y la "Covadonga", así como que había salido de Valparaíso para Antofagasta una división de 2.500 hombres en transportes sin escoltas. De inmediato dispuso que el "Huáscar" y la "Independencia" zarparan a Iquique, de manera que el 21 de mayo sorprendieran a los dos buques chilenos bloqueadores y luego cayeran, el 22, sobre el convoy cargado de tropas con destino a Antofagasta; después de esto, destruyeran la máquina resacadora de agua de ese puerto y enseguida bombardearan las poblaciones del norte de Chile, muchas de las cuales se abastecían de agua por el mismo procedimiento de resacadoras colocadas en la playa.

Grau salió con ambos buques y recaló el 20 en Pisagua, con el fin de inquirir noticias más actualizadas y zarpó en la tarde para Iquique calculando llegar a este puerto al amanecer del 21.

LOS PERSONAJES DEL DRAMA

Los jefes de los blindados peruanos eran el capitán de navío don Miguel Grau Seminario, comandante del "Huáscar" y jefe de la división, y el capitán de navío don Juan Guillermo Moore, comandante de la "Independencia". El comandante Grau, más tarde ascendido a Contraalmirante, fue la figura más señera de la Marina del Perú gracias a sus hechos destacadísimos y a sus éxitos. Era un gran marino; recto, justo y honesto. Su pericia náutica era conocida y considerado como el mejor jefe de la flota peruana. Mandaba un buque rápido y manejable, acorazado y bien armado con artillería pesada y giratoria que, ante cualquiera de los dos cascarones de museo que bloqueaban Iquique, era un gigante.

El comandante Moore no pudo exhibir las mismas cualidades que Grau. Tuvo desaciertos que significaron al Perú la pérdida de la mitad de su poder naval. Afortunadamente para su memoria, su honrosa muerte en Arica, defendiendo como bravo el morro, lo exonera de sus errores. Mandaba otro monstruo de acero, más grande que el "Huáscar", recién reparado, con mayor velocidad y artillería de grueso calibre.

Los buques chilenos mantenedores del bloqueo, como hemos visto, eran la vieja y carcomida "Esmeralda", llena de remiendos y la pequeña goleta "Covadonga", también perdonada por el mar. El captor y el capturado de Papudo eran ya sólo inválidos armados más de coraje y decisión que de artillería.

Arturo Prat, comandante de la "Esmeralda", alcanzaba la plenitud de su fuerza y agilidad y predominaba en él una voluntad decidida. Sereno y juicioso, estoico y un paladín en lo que se refiere al cumplimiento del deber. Carlos Condell, el comandante de la "Covadonga", de carácter impertérrito, habría de demostrar un coraje y una habilidad que lo hicieron célebre y despertaron el entusiasmo y la admiración generales.

Estaba también en Iquique el transporte carbonero "Lamar", buque sin armamento, que sólo constituía un estorbo más en la escasa área de maniobra que presentaba la bahía.

Los oficiales de la "Esmeralda" eran, por orden de antigüedad, los siguientes: teniente 1º efectivo don Luis Uribe Orrego; teniente 1º graduado, don Juan Francisco Sánchez; teniente 2º don Ignacio Serrano Montaner, y los guardiamarinas don Ernesto Riquelme Venegas, don Arturo Fernández Vial, don Vicente Zegers Recasens y don Arturo Wilson Navarrete, cirujano 1º don T. Cornelio Guzmán, ayudante del cirujano, don Germán Segura; contador don Juan D. Goñi; ingenieros, don Eduardo Hyatt, don Vicente Mutilla, don Dionisio Manterola y don J. Gutiérrez de la Fuente. Jefe de la guarnición, el subteniente don Antonio Hurtado; 2º jefe de la misma, el sargento 1º don Juan de Dios Aldea. Había también un civil, el ingeniero don Juan Alberto Cabrera Gacitúa que se encontraba casualmente a bordo, esperando el vapor de Valparaíso cuando llegó el "Huáscar" y hubo de permanecer obligadamente a bordo de la "Esmeralda".

El personal de oficiales de la "Covadonga" eran: 2º comandante el teniente 1º don Manuel J. Orella Echáñez; tenientes 2ºs. don Demetrio Eusquiza y don Estanislao Lynch; guardiamarinas, don Eduardo Valenzuela y don Miguel S. Sanz; cirujano, don Pedro Regalado Videla; contador, don Enrique Reynolds; ingenieros, don Emilio Cuevas y don Protacio Castillo; jefe de la guarnición el sargento 1º don Ramón Olave.

* * *

La flor de la marinería chilena, la fogueada en ejercicios, la formada en su mayoría por chilotos y maulinos, hombres que nacieron en el mar, se encontraba en la flota que había zarpado con Williams a El Callao.

El personal de los buques dejados en Iquique era bisoño, colecticio, desigual, embarcado apresuradamente. En su gran mayoría eran chilenos puros, pero había también extranjeros: italianos, ingleses, un francés, un escandinavo, un maltés y cinco griegos, todos completamente identificados con su patria de adopción. Toda esa gente reclutada de apuro, en cuarenta días había pasado en la "Esmeralda" por las manos expertas de un comandante que tenía la reputación de ser el más terrible domador de tripulaciones,

Manuel Thomson. Cuando se cambió el comandante antes del zarpe de la Escudra a El Callao, y el nuevo jefe recorrió las baterías, las máquinas, los pañoles, las cámaras y los entrepuentes, la tripulación había adivinado la mudanza, como un presentimiento de gloria y estaba resuelta a seguirlo y obedecerle y una resolución de imitarlo en su justicia, en su laboriosidad y en su ejemplo se extendió en todo el buque.

Esas tripulaciones vivían tan cohesionadas que, a pesar de servir en buques destinados a pontones, estaban resueltas a morir por defender su bandera. Valga una carta de uno de los tripulantes de la "Esmeralda" a su madre, escrita el 14 de abril de 1879 en Iquique: "Toda la tripulación de la corbeta "Esmeralda" va a pelear ha abordaje de manera que toda la tripulación va a morir aogada".

HUMOS AL NORTE

El día 21 de mayo de 1879 el bloqueo se mantenía como siempre. Un buque en la rada y el otro a la entrada de la bahía. El transporte "Lamar" se encontraba fondeado en el puerto, cerca de la isla del faro, la que después se llamó Serrano.

Ese día estaba de vigía fuera del puerto la "Covadonga". Se encontraban de guardia el teniente Orella y el guardiamarina Miguel S. Sanz. Al alba, el horizonte estaba cubierto por una espesa neblina. Cuando los rayos del sol disolvieron ésta, a las 6.00 hrs. 30 minutos, el vigía de la cofa de la "Covadonga" gritó: "¡Humos al Norte!". De inmediato se mandó avisar al comandante Condell, que dormía en su camarote. Este se vistió rápidamente y subió a la toldilla y observando detenidamente el horizonte vio que a 6 millas de distancia se apreciaban dos buques, uno tras el otro, los que presentaban la fisonomía del "Huáscar" y de la "Independencia". Para estar del todo seguro, Condell avanzó dos millas hacia ellos y, una vez reconocidos exactamente, volvió al punto izando una señal de "vapores a la vista", la que afirmó con un cañonazo.

A todo esto, en la "Esmeralda" ocurría algo similar. También el vigía había avistado los humos y dado el alerta. El teniente Uribe, que estaba de guardia y debía entregar a las 8.00 de la mañana

al guardiamarina Wilson, dispuso se avisara al comandante, quien no tardó en subir a cubierta. Asimismo lo hizo Wilson, y entre los tres escudriñaron el horizonte, aún brumoso. El comandante Prat creyó primero que sería parte de la Escudra chilena que regresaba de su expedición al Norte; pero poco después se vio que los humos eran dos y el primero en distinguirlos dijo: "Uno de ellos es el "Huáscar". Prat le preguntó: "¿En qué lo conoces?". "En el trípode del palo trinquete". Prat dirigió sus anteojos y reconoció igualmente al "Huáscar". Inmediatamente, y con cierta emoción le ordenó a Wilson: "Haga tocar zafarrancho general de combate. Avise a los oficiales que el enemigo está a la vista y pregunte a la "Covadonga" si ha almorzado la gente". En seguida bajó a su cámara.

El monitor, por su parte, al reconocer los buques chilenos izó una gran bandera de combate. Igual cosa hizo la "Independencia". Grau hizo tocar llamada general y arengó a la tripulación reunida en torno al puente diciéndole:

"Tripulantes del "Huáscar": ha llegado la hora de castigar al enemigo de la Patria y espero que lo sabréis hacer cosechando nuevos laureles y nuevas glorias dignas de brillar al lado de Junín, Ayacucho, Abtao y 2 de mayo. ¡Viva el Perú!".

LOS ESPECTADORES

La población de Iquique, avisada por los más madrugadores y luego por el cañonazo de aviso de la "Covadonga", saltaba de sus camas, presa de la mayor euforia y corría a la playa a presenciar la captura de los molestos barquichuelos chilenos. Se echaron al vuelo las campanas y el griterío de triunfo se hizo general. Un testigo refiere que no se oían sino estas exclamaciones: ¡Viva el Perú! ¡Ahora sí! ¡Ahora sí! y la multitud corría para ganarse los mejores lugares para espectar el acontecimiento. Era como el circo romano, donde se regocijaba el populacho viendo cómo los leones despedazaban a los cristianos indefensos. Ese era el cuadro: dos leones poderosos y dos pequeñuelos carcomidos por los años frente a frente. La arena del circo era el mar y el anfiteatro, la playa. La

población bullía ebria de entusiasmo y de esperanzas. Horas después, ese entusiasmo bullidor y efervescente se silenciaría y se contemplaría un cuadro aterrador y dantesco.

EL COMIENZO DEL COMBATE

Prat en su camarote miró largamente los retratos de los suyos y los guardó en los bolsillos de su levita, se colocó la espada y guantes y subió a cubierta tranquilo e impasible como de costumbre y se dirigió a la toldilla a gobernar su buque. Allí entregó al contador Goñi la correspondencia para la Escuadra y le ordenó que la echara en un saco junto con un proyectil y la arrojara al agua. Luego sacó su cartera y metió en ella los retratos que llevaba en su levita; de su esposa e hijos. Ordenó izar las señales de "reforzar las cargas" y "venir al habla", así como la de "seguir mis aguas".

Cuando la "Esmeralda", levado su anclote, viraba hacia tierra, el comandante Prat reunió a su tripulación y le dijo, con la serenidad propia de su carácter, estas nobilísimas palabras que serían recogidas por todas las generaciones, jamás olvidadas por ninguna de ellas y que constituirían la divisa para triunfar en una guerra que la Patria no había buscado. Esas palabras serían, además, grabadas con sangre en el Código de Honor de la Marina de Chile:

"Muchachos: la contienda es desigual, pero, ánimo y valor.

"Nunca se ha arriado nuestra bandera ante el enemigo y espero que no sea ésta la ocasión de hacerlo.

"Por mi parte, yo os aseguro, que mientras yo viva, esa bandera flameará en su lugar y si yo muero, mis oficiales sabrán cumplir con su deber"

Y sacándose la gorra, la batió en el aire gritando: "¡Viva Chile!".

Resonó un viva que rompió el silencio solemne, que quedó vibrando en el aire, que iría más allá de la muerte y cada hombre corrió a sus puestos, resuelto a sucumbir antes que rendirse.

En este combate no había esperanza alguna de salvación, porque la disparidad de fuerzas era abrumadora y desde el primer momento todos sabían, desde

el comandante hasta el último grumete, que iban directamente a la muerte. Se trataba de un buque viejo, de madera, de alto bordo, contra un acorazado de poca borda, en el cual la coraza dejaba a la vista la cuchilla de su espolón y el cráter vomitante de sus cañones de 10 pulgadas.

Después de las palabras de Prat, el teniente Serrano se dirigió a la cámara de oficiales, donde sólo la noche anterior el guardiamarina Riquelme hiciera gala de su habilidad con el violín, en una alegre y simpática velada, y de paso se encontró con el guardiamarina Zegers, que había sido su discípulo y lo invitó a beber un último trago. Chocaron las copas y Serrano dijo: "Estoy dispuesto a todo", frase que en la tradición naval chilena ha servido de lema para todos los buques que han llevado su nombre.

La "Covadonga" llegó pronto al habla, a 100 metros de la "Esmeralda" y Prat, bocina en mano, repitió lo que había preguntado y ordenado por señales: "¡Que almuerce la gente!". "¡Reforzar las cargas!". "¡Cada uno cumplir con su deber!"

Condell contestó simplemente: "All right".

A todo esto, los blindados peruanos avanzaban: el "Huáscar" adelante y la "Independencia" un poco atrás.

Acababa de terminar el ligerísimo diálogo de ambos comandantes y mientras resonaban todavía los vivas de la tripulación a la arenga de Prat, explotó entre ambas naves una granada que cayó en el mar.

Prat le ordenó a Condell abrigarse con la población y mantenerse en poco fondo y ambos buques volvieron al puerto, después de su corta salida, tomando la "Esmeralda" su primera posición y colocándose Condell con la "Covadonga" en los bajos de la isla. Al "Lamar" se le ordenó salir del puerto y escapar al sur.

Colocados los buques en sus respectivas posiciones, rompieron sus fuegos sobre el "Huáscar", que les cañoneaba rudamente. La "Independencia" les hacía fuego por batería sin ningún resultado.

En el corto movimiento que hicieron los barcos chilenos, a la "Esmeralda", al subir ligeramente la presión de las calderas, se le reventaron y el chorro de va-

por comenzó a llenar los salones y el agua las sentinas. El buque quedó con un andar reducido a dos o tres nudos, prácticamente inoperante. Viéndose impotente e inerme, Prat se acercó lo más posible a la población para obligar así al "Huáscar" a disparar por elevación para no herir a los espectadores de la ribera.

LA "COVADONGA" SALE DEL PUERTO

Había pasado una hora de este desigual combate, en que a ambos buques se les hacía fuego desde el mar con artillería y desde tierra con fusilería, cuando Condell observó que el "Huáscar" se iba sobre la "Esmeralda", dejando pasar por su proa a la "Independencia" que se dirigía a atacar a la "Covadonga".

En ese momento Condell estaba a 50 metros de las rompientes de los bajos, corriendo el peligro de ser arrastrado a la playa. Comprendió entonces que su posición no era conveniente y que desde el punto donde estaba no podía favorecer a la "Esmeralda" que se batía desesperadamente.

Un proyectil de 300 del "Huáscar" atravesó la "Covadonga" de parte a parte, destrozando en su base el palo trinquete y cortando los pies al cirujano don Pedro Regalado Videla y matando al mozo Felipe Ojeda.

El cirujano Videla murió a las 7 de la tarde tras dolorosa agonía.

Condell resolvió salir del puerto dirigiendo todos sus fuegos a la "Independencia", que la combatía a sólo 200 mts.

— "¿Qué hace Condell?" — preguntó Prat viendo a la "Covadonga" ceñirse a la costa y seguir al Sur.

Condell interpretaba audazmente y a su manera la orden de "mantenerse a poco fondo", pasando sobre los arrecifes, casi rozándolos y seguía al Sur en demanda de su suerte, perseguido por la "Independencia".

Observado desde tierra el movimiento de Condell, el general Buendía, autoridad militar en el puerto, ordenó que lanchas con tropas le hicieran descargas de fusilería y de este modo la gloriosa goleta salió del puerto entre los fuegos de la "Independencia", a 200 metros de distancia y los de los botes. Abandonado el

puerto, puso proa al sur, siempre rascando la orilla.

EL COMBATE SE DIVIDE EN DOS

Con la salida de la "Covadonga" hacia el Sur, perseguida de cerca por la "Independencia", quedó la "Esmeralda" sola batiéndose con el "Huáscar", transformándose, en consecuencia, el combate de Iquique en dos acciones separadas, que habían de tener diferentes resultados.

Cuando el "Huáscar" había estrechado su distancia a la "Esmeralda" a 600 metros, se vio un bote que se destacaba a todo remo desde la población y se dirigía al monitor, a cuyo costado atracó, a pesar del fuego de fusilería que se le hizo desde las cofas de la "Esmeralda", el que, naturalmente, por la distancia, quedó corto. En él iban el Capitán del Puerto, capitán de corbeta Salomé Porrás y el práctico don Guillermo Checle, quienes informaron a Grau que la "Esmeralda" se encontraba protegida por una línea de torpedos. Con este aviso, Grau temió comprometer su buque y se detuvo cerca de los 500 metros de la "Esmeralda" y desde allí, con toda calma; como si estuviera haciendo ejercicios de tiro, empezó a cañonear metódicamente a la "Esmeralda" con su artillería de 300 libras. Así permaneció durante una hora y media, sin lograr un solo impacto en la "Esmeralda", pasando todos sus tiros por alto. En cambio, la "Esmeralda" le contestaba con sus inofensivos cañones lisos de a 40 y con fuego granado de fusilería; pero los proyectiles rebotaban en la coraza del monitor como pedradas en un muro de granito.

ENTUSIASMO EN LA "ESMERALDA"

Lo que sucedía a bordo de la "Esmeralda" era una clara demostración de entusiasmo y fervor patriótico. Los oficiales hacían de cabos de cañón. Por aquí Riquelme; Wilson, Fernández y Zegers por allá, todos lanzando ¡bravos! para alentar a la tripulación. Serrano dirigió la batería que enfrentaba al "Huáscar", Sánchez, la de tierra. Prat impasible en la toldilla, Uribe en el castillo, Zegers atendiendo el aprovisionamiento de munición. Los cornetas Reyes y Cabrales tocaban sin cesar al ataque. Estos toques de

corneta no finalizaron mientras el buque estuvo a flote, haciéndose la ilusión de un combate imposible. Había excitación por la segura suerte que le cabría al barco. La "Esmeralda", vetusto cascarón, se había rejuvenecido y volvía a ser aquella del empuje de Papudo. No salía de la nave una sola protesta ni una queja. Sólo voces de alegría, especialmente cuando un tiro daba en el blanco, exclamando: ¡Hurra! ¡Viva Chile! aunque esos tiros no producían el menor efecto.

El buque estaba engalanado como para una celebración. Había banderas en todas partes. Una en el pico de mesana, otra en el palo mayor, otra en el trinquete y el gallardete de mando en el tope del palo mayor que serpenteaba orgulloso de saberse la insignia del comandante Prat.

IMPRESION EN TIERRA

La lucha había causado estupor en tierra. En el primer instante nadie pensó que la "Esmeralda" resistiese, opinión que ganó mayor fuerza cuando la vieron acercarse a la playa. El coronel Benavides, jefe del Estado Mayor del general Buendía, creyó que esta maniobra era para vararse y envió el batallón N° 7 de Cazadores de la Guardia para recibir a los prisioneros. Pero eran las 10 de la mañana y la corbeta seguía combatiendo sin cesar. La resistencia era cada vez más tenaz y la opinión de los estupefactos espectadores iba cambiando. El entusiasmo y alegría del primer momento se estaba trocando en sorpresa en la población peruana y en asombro y admiración en los extranjeros.

Para concluir con ello, el general Buendía hizo traer a la playa una batería de artillería de campaña que se emplazó en un pequeño morrito que enfrentaba a la posición de la "Esmeralda" para cañonearla por el costado que daba a tierra, mientras el "Huáscar" le hacía fuego por el otro.

Un testigo, don Jaime Puig y Verdguer, catalán, en sus "Memorias del bloque de Iquique", dice: "Nuestra extática mirada lo veía crecer y agigantarse con una fascinación tal que nos infundía un verdadero estupor tanto heroísmo".

LA "ESMERALDA" ENTRE DOS FUEGOS

La artillería de campaña atravesó el pueblo de Iquique seguida por una poblada que gritaba animando a las mulas o empujando las ruedas de las cureñas para llegar pronto al sitio de emplazamiento y lograr así la rendición de esos hombres que se batían con tanto denuedo. Listos los cañones, comenzaron a vomitar su fuego alternados con los del "Huáscar". Hasta el momento, ningún proyectil del monitor había logrado un blanco; pero los cañones de tierra, a una distancia ínfima, comenzaron a hacer estragos. Una granada mató a tres hombres en la cubierta de la "Esmeralda" y otra hirió tres más. Comenzó a correr la sangre y a trabajar la enfermería.

Prat no pudo continuar más en esta situación y resolvió buscar otro lugar en la bahía. La máquina no obedecía y hubo que hacer milagros para moverla para trasladarla pesadamente a otro sitio, fuera del alcance de las baterías de tierra.

En ese momento, a las 10 de la mañana, una granada del "Huáscar" penetró por el costado de babor de la "Esmeralda" y fue a hacer explosión a estribor, cerca de la línea de agua, produciendo un incendio que fue sofocado a tiempo.

EL "HUASCAR" SE RESUELVE A ATACAR AL ESPOLON

El comandante Grau, convencido de la existencia de los imaginarios torpedos de Porras, había estado gastando inútilmente su munición y produciendo destrozos en la población con sus tiros demasiado largos.

Ante la lenta maniobra de Prat de alejarse de tierra para evitar la mortandad que estaba el enemigo haciendo en su gente, Grau se resolvió a atacar al espolón.

Para Prat la resistencia era imposible. No podía maniobrar con su buque y los proyectiles de sus cañones lisos de 40 no hacían la menor mella en la coraza del monitor. En esas penosas condiciones permaneció la "Esmeralda" desde las 8 y media hasta las 11 y media de la mañana.

No había más expectativa que el abordaje, pero el monitor no se había atrevido.

do a atacar con el ariete afilado por la ilusoria guirnalda de torpedos. Pero ahora, al ver que la "Esmeralda" salía y se diluía la falsa defensa, Grau se decidió.

Al moverse la "Esmeralda" se rompió otra caldera. El buque quedó convertido en una verdadera trinchera flotante, detenido y a la deriva.

Grau, verdaderamente exasperado por la obstinación de la defensa y la incapacidad de sus artilleros, quiso poner fin a un drama que ya duraba tres horas sin haber logrado una decisión, teniendo tan abrumadora superioridad, y ordenó disparar toda su artillería cuando ambos buques estuviesen a punto de tocarse, en la embestida que iba a emprender con el espolón. Enfiló su buque hacia la "Esmeralda" y dando toda fuerza a las máquinas se lanzó como un toro bravo sobre su detenida víctima a fin de partirla en dos pedazos y terminar de una vez un combate que hacía poco honor a la arena pronunciada ante sus tripulaciones.

El comandante Prat, al notar el vertiginoso acercamiento del monitor, puso en el telégrafo de la máquina "Toda fuerza adelante" y ordenó al guardiamarina Wilson, su ayudante: "Corra y dígame a Hyatt que le dé todo el andar que pueda a la máquina y que el "Huáscar" se nos viene encima".

Lo único que logró hacer la "Esmeralda" para desviar el choque fue girar como pudo y recibir al "Huáscar" de refilón, con lo cual el espolón no pudo lograr por completo su objetivo. El espolonazo fue recibido en el costado de babor frente al palo de mesana, estremeciendo el barco pero no llegando a herir los fondos por la forma entrante que tiene todo buque en esa parte de la obra viva.

En cambio, el efecto de los cañonazos disparados a boca de jarro, fue espantoso. No hemos encontrado datos fidedignos, pero sí se puede afirmar que quedaron despedazados entre 40 y 50 marineros, porque la cubierta presentaba el aspecto de un matadero, con miembros destrozados, brazos y piernas desparramados y cuerpos aún palpitantes. La sangre corría por ella y formaba una capa espesa y resbalosa que escurría lentamente por los imbornales, chorreando el costado del buque.

EL ABORDAJE DE PRAT Y SU MUERTE

Esto ocurría a las 11 y media de la mañana, hora en que, en ese memorable 21 de mayo, culminó el más sublime sacrificio de un hombre cabal, inteligente y valioso, un verdadero santo laico, que entregó su vida, conscientemente, en beneficio de la causa de su Patria.

El espolonazo del "Huáscar" fue recibido con una descarga tremenda de las baterías de la "Esmeralda" y un fuego endemoniado de fusilería desde todos los puntos del buque, mientras los cornetas tocaban incesantemente.

El comandante Prat, al ver a sus pies la cubierta del monitor, creyó tenerlo en sus manos y gritó: "¡Al abordaje, muchachos!" saltando a continuación con su espada en alto, seguido del sargento 1º Juan de Dios Aldea. Pero la orden no fue oída por todos debido al formidable estruendo de la artillería de ambos buques que se disparaban furiosamente a toca penoles. El corneta que empezaba a tocar al abordaje, fue decapitado con la corneta en los labios (*).

(*) Posteriormente a las primeras relaciones del combate se ha aseverado que a Prat y a Aldea los acompañó en el abordaje un marinero, cuyo nombre ha permanecido en el misterio. Primero se le atribuyó este abordaje al marinero 1º Luis Ugarte y, años después, al soldado Arsenio Canave. De Ugarte hay constancia que saltó con Serrano y que estuvo hospitalizado en Iquique. Más tarde murió a bordo del "Huáscar" en el combate entre este monitor contra la fortaleza de Arica y el "Manco Capac" el 27 de febrero de 1880. Existe un documento peruano que señala presumiblemente al soldado Arsenio Canave por el alcance de nombre, ya que dice soldado Antonio Canave como muerto a bordo del "Huáscar" el 21 de mayo de 1879, pero no se indica si fue después del combate, cuando los naufragos fueron recogidos. En la confusa relación del corresponsal de la "Opinión Nacional" de Lima, embarcado en el "Huáscar", se dice: "Al tercer espolonazo (sic) cayeron de la "Esmeralda" sobre la cubierta del "Huáscar", por la cara de popa de la torre, el comandante de la "Esmeralda", señor Prat, el teniente 1º Serrano, un sargento 1º de la guarnición, un soldado y uno o dos marineros, con el propósito de abordarlo. El comandante recibió un balazo en la frente y un hachazo y murió casi instantáneamente, lo mismo que el soldado y el marinero, quedando herido en el estómago el teniente Serrano, un marinero y el sargento de la guarnición". Esto ha hecho creer que el soldado Canave saltó con Prat y Aldea y murió a bordo del monitor. Sin embargo, el parte oficial de Uribe dice lo siguiente: "Sólo el sargento pudo seguirlo". El guardiamarina Zegers en carta a su padre le manifiesta lo mismo: "Lo siguió sólo el sargento". En iguales términos escribe el teniente Sánchez: "Sólo uno, que fue el sargento, alcanzó a saltar".

El comandante Grau dio atrás a toda fuerza y se retiró con extraordinaria rapidez, no dando oportunidad a seguir al bravo comandante de la "Esmeralda". El "Huáscar" se alejaba y Prat, con la espada siempre alzada, volvía la vista a su buque como en una despedida a ese barco que tanto amaba y en el que vivió muchos años como cadete, como instructor de guardiamarinas, como 2º comandante y ahora, como su comandante, cuando estaba destinado a hundirse por el peso de sus laureles. Avanzó algunos pasos en dirección a la torre de mando y cayó al pie de ella herido por un tirador invisible. Hallándose con una rodilla en tierra, desfallecido y casi exánime, salió un marinero de la torre de artillería y le disparó un balazo en la frente que le produjo la muerte instantánea, cayendo de bruces sobre su sangre y su espada. Aldea había recibido numerosos balazos en distintas partes del cuerpo y se apoyaba exangüe en una bita.

A bordo de la "Esmeralda" la muerte del comandante levantó un grito de dolor y de todos los labios brotó el juramento: "¡Hay que vengarlo!".

"Cada uno", dice el relato de un oficial sobreviviente, "quiso ser héroe para imitar su ejemplo".

El salto de Prat fue visto claramente desde los balcones de la aduana de Iquique, la posición más avanzada hacia el mar y la más elevada también. "En el mismo momento del espantoso choque vióse a un gallardo oficial que, espada en mano, brillante como una centella, saltaba desde el castillo de popa sobre el lomo de aquel Proteo del mar, haciendo flotar en el aire los faldones de su marcial levita, elegantemente ceñida sobre el arrogante cuerpo.

"Detrás de él saltó otro hombre, como él denodado y como él decidido. Y ninguno más.

"El "Huáscar" mandó atrás rápidamente y se desprendió, evitando así más asaltos.

"Los que habían abordado al monitor eran el comandante Arturo Prat y un sargento, el único hombre que tenía a su ve-

ra el intrépido comandante cuando dio el grito de: "¡Al abordaje!" (*).

LA SUCESION DEL MANDO Y LA SEGUNDA EMBESTIDA

El teniente Uribe, que se encontraba en el castillo, pudo ver caer de muerte al valiente comandante Prat y de inmediato se dirigió a la toldilla, tomando el mando del buque.

Mientras el "Huáscar" se retiraba, disparaba constantemente sobre la ya maltrecha corbeta, haciendo estragos terribles: la cubierta y el entrepuente estaban sembrados de cadáveres y miembros humanos dispersos y por doquier ayes de agonía mezclados con las interjecciones de los que aún luchaban; lamentos desgarradores al compás de vivas atronadores; rabia y dolor, pena y coraje; el delirio del sacrificio y la noble idea de la Patria, por todo y ante todo. Y, sin embargo, aquella gente que tenía a su vista horrorizada y empalidecida el cuerpo exánime y ensangrentado de su querido comandante que yacía, muerto, en la cubierta del monitor, y veía, asimismo, cómo se retorció Aldea en terrible agonía, acudía, rabiosa y frenética, de nuevo a los cañones que aún quedaban montados y rompía un fuego infernal, a pesar que aquellos proyectiles estallaban inofensivos en la invulnerable escama de acero del blindado.

Retirado el "Huáscar", sobrevino una relativa calma. Grau quiso dar tiempo a la "Esmeralda" para rendirse antes de echarla a pique y, mientras maniobraba, sus fuegos fueron menos activos.

Ya absolutamente convencido Grau que no existían tales torpedos o minas, tenía a su enemigo a su arbitrio. Como en la "Esmeralda" nadie pensaba en rendirse, "la suspensión de los fuegos —escribe Uribe posteriormente en su parte

(*) "Memorias del bloqueo de Iquique" — Jaime Puig y Verdaguer, Imp. El Telégrafo. Guayaquil 1910.

La cita mencionada confirma la consecuencia anterior de que es más ajustado a la realidad histórica el no considerar un tercer hombre en el primer abordaje.

oficial—, no hacía más que aumentar nuestra agonía”.

Al ver que la ligera tregua no daba resultado, Grau retrocedió con su buque para tomar distancia y agarrar arrancada al monitor y luego se lanzó con fiereza contra la indefensa corbeta. Uribe maniobró igual que Prat y logró presentar su costado oblicuo al espolón del “Huáscar”. Pero esta vez el espolón abrió una vía por donde el agua penetró a torrentes a la santabárbara y a las máquinas. En la primera se ahogaron todos y desde la máquina, el personal que la cubría tuvo que salir a la carrera para no correr igual destino. El buque quedó sin gobierno y sin más municiones que las que había en las chilleras de cubierta. Los cañones del “Huáscar”, disparados a toca penoles, destrozaron como la tercera parte de la tripulación sobreviviente. Un cañonazo voló en pedazos a los ingenieros y fogoneros que salían a cubierta y otro arrasó una mesa en la cámara de oficiales donde estaban tendidos algunos heridos.

Uribe, quien debía sentir más que nadie la pérdida de su bravo compañero y amigo, al cual tantos lazos de afecto lo unían desde la Escuela Naval, y que fuera su altivo defensor como abogado en días difíciles para su tranquilidad, al verlo así, tendido en el buque enemigo, sacrificado en aras de su Patria y regando con su sangre generosa las duras tablas de su lecho de muerte, en un sublime absurdo dio la orden de: “¡redoblar el fuego!”, como si con esto se hubiera podido lograr algo. Los cañones estaban caldeados y casi al rojo y las escasas granadas hacían explosión poco después de disparadas.

No es difícil imaginar el dantesco espectáculo que presentaba la “Esmeralda” con su pila de cadáveres y los hilos de sangre que corrían por sus costados. Y, sin embargo, el espíritu de la tripulación no había caído un ápice y, por el contrario, había aumentado el ardimiento y el furor ante la impotencia. La corneta de la agonizante corbeta seguía incesantemente tocando, dejando oír su sonido bélico en aquel sepulcro flotante, para indicar que la heroica “Esmeralda” no se rendía, aun cuando ya su muerte era indudable. ¡Era el espíritu de Prat que estaba presente y el mandato de aquella arenga directa y sin florilegios, a la que

ninguna retórica habría podido producir mayor impresión: sus oficiales, y no sólo ellos, todos, estaban cumpliendo con su deber!

EL ABORDAJE DE SERRANO

Hemos visto que el espolón, que iba dirigido al centro del buque, fue esquivado en parte por Uribe y dio de lleno en la amura de estribor.

Mientras se redoblaba el fuego de fusilería y con la poca munición de artillería que aún quedaba se enviaba un frenético fuego al “Huáscar”, el teniente Serrano, que se encontraba en el castillo, saltó al abordaje del monitor seguido de doce marineros, con la espada en su mano derecha y un revólver en la izquierda. Los marineros llevaban rifles y machetes y cayeron como avalancha de muerte sobre el buque enemigo. Se ha dicho que uno de ellos pasó al “Huáscar” con una espía que alcanzó a hacer firme en el cableante y que, posteriormente, cuando vio que sus compañeros caían uno a uno y estaba desarmado, se pasó de nuevo a la “Esmeralda” por la misma espía mientras el “Huáscar” se retiraba. Pasaremos por alto esta versión, porque no la menciona ni Uribe, ni Wilson.

El hecho es que, cuando Serrano y sus hombres saltaron al castillo del “Huáscar”, estaban en la cubierta del monitor sólo el cadáver de Prat y el teniente 2º don Jorge Velarde, con dos marineros. (Se supone que a Aldea lo llevaron a la enfermería después del primer espolón, para darle algún alivio a sus dolencias, aun cuando no haya documentos que así lo digan). Los dos marineros que acompañaban a Velarde huyeron dejando al teniente solo. Este recibió un balazo y murió ese mismo día.

Corrió Serrano a la torre de artillería con la intención de entorpecer su engranaje de giro, pero no alcanzó su propósito porque lo acosó una lluvia de balas de rifles y ametralladoras que se le hacía desde la torre y parapetos. Al poco subió a cubierta un destacamento de unos 40 tiradores que en un minuto acabó con Serrano y su gente. Algunos, ya sin municiones o heridos, escaparon echándose al agua y subiéndose a la “Esmeralda” por cabos largados de a bordo. El valiente y resuelto Serrano recibió una ráfaga

de ametralladora en el bajo vientre y quedó tendido en la cubierta enemiga (*).

La "Esmeralda" era ahora sólo una boya empavesada que se hundía lentamente, mientras el corneta tocaba a degüello. Al corneta Gaspar Cabrales, que le volaron la cabeza, le sucedió Crispín Reyes, que también fue muerto. Tomó la corneta Pantaleón Cortez y siguió soplando furiosamente ¡al ataque! mientras el buque se mantuvo a flote.

Cuando la enfermería estaba casi del todo sumergida, salió a cubierta por primera vez el doctor don Cornelio Guzmán, quien, en parte ignorante de lo que pasaba y enterado sólo por el estruendo, el correteo, los tremendos sacudones que daba la gloriosa nave en cada espolnazo y el incesante sonar de la corneta, quiso averiguar por qué no se le llevaba más heridos a la enfermería; pero el centinela, cumpliendo su consigna, lo atajó diciendo: "¡no se pasa!". El doctor Guzmán volvió a su enfermería y, cuando el agua ya impedía toda acción en el recinto, volvió a cubierta y ahora sí encontró el paso libre: el centinela estaba muerto.

EL HUNDIMIENTO

Pasaron cerca de veinte minutos cuando el "Huáscar", a 10 millas por hora, se precipitó nuevamente sobre la "Esmeralda". Esta vez clavó su espolón medio a medio del casco, en el costado de estribor, casi partiendo en dos a la valiente e inerme corbeta. Ya entonces el glorioso barquito había perdido más de 100 hombres; tenía inundada su santabárbara

(*) Los marineros que acompañaron a Serrano en el segundo abordaje habrían sido los siguientes: marinero 1º Benjamín Reyes; marinero 1º Santiago Romero; marinero 1º Agustín Oyarzún; marinero 2º Luis Ugarte; marinero 2º Agustín Coloma; fogonero 2º Francisco Ugarte; capitán de altos José M. Rodríguez; timonel Elías Aránguiz; timonel Eduardo Cornelio; timonel José Domingo Díaz; grumete Santiago Salinas y grumete Luciano Bolados.

Hay algunas versiones en que sustituyen al grumete Bolados por el grumete Wenceslao Vargas Rojas. En cambio, hay serias y fundadas presunciones que uno de los acompañantes de Serrano haya sido el soldado Arsenio Canave.

y su máquina había parado definitivamente. No había maniobra evasiva posible, por lo que recibió estoica el furibundo encontronazo. Los últimos cartuchos que quedaban en cubierta sirvieron para la última descarga.

El "Huáscar" se retiró apresuradamente, enlutando con el humo la cubierta de la "Esmeralda", llena de cadáveres y agonizantes.

La corbeta, herida tan profundamente en sus entrañas, se llenó de agua y empezó a hundirse de proa con todas sus banderas. A medida que el buque se clavaba y rodaban como aluvión las cureñas arrancadas de cuajo, los rifles hirvientes, los muertos y moribundos, los despojos humanos y todo el material destrozado y esparcido por cubierta y entrepuentes, por la succión terrorífica del mar, el bravo guardiamarina Riquelme se agarraba en un supremo esfuerzo a su cañón y disparaba el último cañonazo, en tanto el grumete Cortez soplabá con frenesí su corneta tocando a degüello. Mientras el mar se manchaba de sangre y las figuras semidesnudas de los naufragos se aferraban como podían a los restos flotantes, la inmortal "Mancarróna" — nombre cariñoso que le daban sus tripulantes— se perdía de la superficie mostrando en su pico de mesana los colores de su bandera, haciendo cumplido honor a la arenga de su malogrado comandante. La fabulosa corneta calló definitivamente. Eran justamente las 12.10 horas del 21 de mayo de 1879.

El diario peruano "El Comercio" de Iquique, refiriéndose al combate, decía: "Era preciso que se diera fin a un drama tan sangriento y que no reconoce ejemplo en la historia del mundo". Y más adelante expresa: "Al hundirse la "Esmeralda" un cañón de popa por el lado de estribor hizo el último disparo, dando la tripulación vivas a Chile". El pabellón chileno fue el último que halló su tumba en el mar".

EL "HUASCAR" RECOGE A LOS NAUFRAGOS

La tripulación del noble barco chileno, cuando éste se hundía irremediablemente, se despojó apresuradamente de sus ropas y empezó a arrojarse al agua, salvo algunos que fueron arrastrados por

la creciente inclinación del buque y no pudieron salvarse, yendo a hacer compañía a los muertos por el fuego enemigo. Otros, ya en el agua, perecieron succionados por el remolino de la nave y otros, en fin, lograron mantenerse a flote asidos de maderos, coyotes, remos o cualquier otro objeto. Permanecieron así cerca de media hora, hasta la llegada de un bote del "Huáscar" que los regoció uno a uno.

Al llegar a bordo del monitor fueron interrogados sobre el grado o clase a que pertenecían, pues estaban, en general, semidesnudos. Los oficiales fueron llevados a la cámara del comandante y la tripulación, al entrepuente.

Al dirigirse a popa pudieron ver, tendido sobre cubierta, el cadáver del comandante Prat, al cual una lona le cubría la cabeza.

Reunidos en la cámara, pudieron apreciar que de los 16 oficiales que componían la dotación, sólo quedaban 9, además del ingeniero civil señor Cabrera. De los restantes, 6 habían muerto y uno, el teniente Serrano, estaba moribundo. De la tripulación sólo fueron recogidos 49 hombres, la cuarta parte de los que entraron en la acción. La "Esmeralda" inició el combate con 198 hombres y al término de éste habían muerto 140.

Grau hizo vestir a todos los prisioneros con ropa de marinería y los hizo atender caballerosamente. Como estaban bajo cubierta, nada pudieron saber de lo que más tarde ocurrió, es decir, de las operaciones en que el "Huáscar" tomó parte, de la persecución a la "Covadonga" ni del salvamento de los naufragos de la "Independencia".

EL DESTINO DE LOS MUERTOS A BORDO DEL "HUASCAR"

Ese mismo día moría a bordo del "Huáscar" el teniente Ignacio Serrano, en medio de terribles dolores. Fue asistido por el médico del monitor, don Santiago Távara.

Cuando los naufragos llegaron a bordo, el doctor Guzmán solicitó permiso para verlo, porque aún vivía, el que le fue negado. Esto parece inexplicable. Se dijo que había sido un castigo impuesto a la indomable arrogancia del joven héroe, lo que cuesta creer, porque no se concilia con el espíritu humanitario de Grau.

Aldea murió en el hospital de Iquique tres días más tarde. Del marinero Salinas, que saltó con Serrano, se dice en una versión, que murió en ese mismo hospital en junio de 1879 y en otra, que llegó a Valparaíso en la "Pilcomayo", el 3 de diciembre de ese año. Los marineros Coloma, Aránguiz y Ugarte y el fogonero Francisco Ugarte, fueron llevados al hospital de Iquique y luego recuperados cuando el puerto fue ocupado por el Ejército chileno.

En las "Memorias" de Puig y Verdaguier se expresa que en los funerales de Prat y Serrano iban también dos o tres ataúdes más. Se ignora de quienes.

En la tarde, los cadáveres chilenos fueron llevados a tierra y colocados en la vereda de la calle que hay entre el muelle y la aduana. Serrano tenía el estómago cubierto con una lona de velas; Prat, la cabeza. Dos soldados se paseaban al frente para impedir que la curiosidad popular los descubriera. Ante esta situación, un español, don Eduardo Llanos, ayudado por un compatriota suyo, don Benigno Posadas, consiguió el permiso para enterrarlos en el cementerio de Iquique. Esos dos altruistas y meritorios ciudadanos españoles, acompañados por don Juan Nairn, ex Cónsul inglés Eduardo Wallis, gibraltareño, casado con chilena, el Sr. Latour, francés, Jaime Puig y Verdaguier, catalán, Cónsul del Ecuador en Iquique y la colectividad española, sólo ella, acompañó al cementerio los despojos de esos héroes.

El teniente Velarde, de la dotación del "Huáscar", fue sepultado por sus compañeros en Mejillones del Norte, al día siguiente del combate.

LA "COVADONGA" POR LOS BAJOS

Habíamos dicho que la acción de Iquique se había transformado en dos combates: uno entre el "Huáscar" y la "Esmeralda" y el otro entre la "Independencia" y la "Covadonga". Como dijimos también, el capitán Condell había salido de la bahía de Iquique entre los fuegos de la "Independencia", que se le venía encima y las lanchas que le enviaron desde tierra al ataque. Pero Condell no era hombre que se amilanara por una persecución. Sereno, risueño y festivo, se di-

rigió hacia el Sur pegado a la costa, porque sabía que en la ruta que seguía había suficiente profundidad para no hacer peligrar su buque y, en cambio, había poco fondo para el gigante que lo seguía a corta distancia. La "Covadonga", pegándose a la costa impedía así ser atacada al espolón por un enemigo que hasta el momento había demostrado una manifiesta incapacidad artillera. La situación de Condell era difícil, porque para utilizar su artillería, 2 cañones de 70, debía desviarse de la línea de la costa, acortando la distancia entre los buques, lo que aprovechaba la "Independencia" para dispararle con sus cañones y fuego de ametralladoras.

Aun cuando la goleta recibió varios proyectiles certeros de su enemiga, la moral de su gente se mantenía elevada y contestaba cada cañonazo con entusiasmas: ¡Viva Chile! Cada disparo acertado del teniente Orella, que había tomado personalmente el puesto de cabo de cañón, provocaba estallidos de alegría. Reinaba a bordo la más inquebrantable resolución de combatir hasta la muerte.

Frente a caleta Molle, la "Covadonga", que iba muy cerca de la costa, recibió los fuegos de tierra de la guarnición.

Aquí Moore pretendió embestir a la "Covadonga" con el espolón, pero Condell lo eludió cayendo con su buque hacia tierra. Más tarde, al Sur de Molle, Moore hizo un nuevo intento de espolonear, el que fue nuevamente eludido con habilidad por Condell. Estas dos falladas tentativas indicaban claramente a Moore que no podía seguir combatiendo por este medio, so pena de ir a vararse a la costa.

En la ruta al Sur, la "Independencia" no podía seguir directamente por la popa a la "Covadonga", por temor a los bajos, por lo que la persiguió de cerca, casi paralelamente. En esa marcha, entre la caleta Molle y Punta Gruesa, la "Independencia" logró impactos en los palos, las jarcias y los botes de la "Covadonga", así como un proyectil penetró a las carboneras. Hubo un momento en que la "Independencia" quedó en la estela del buque chileno, con lo cual las únicas piezas verdaderamente peligrosas pasaron a ser la colisa de proa y las ametralladoras de la cofa del palo trinquete; pero el osado Condell u Orella, pues no

se ha aclarado quién dio la orden, dispuso que el sargento Olave se encargase exclusivamente de impedir que esa colisa disparara. Olave se instaló con cuatro rifles escogidos en la toldilla, quienes se dedicaban a herir a todo artillero peruano que se acercaba a la pieza, logrando así el extraordinario resultado de apagar, con cinco fusiles, el más peligroso cañón del enemigo. Y esto no es raro, ya que los cañones de la "Independencia" eran de avancarga y necesitaban sus sirvientes exponerse obligadamente al fuego de fusilería que se les hacía a una distancia entre 250 y 300 metros, a la que no podía fallar un tirador experto.

PUNTA GRUESA

La impotencia de utilizar su colisa de proa exasperó al comandante Moore y cometió la imprudencia de acometer con el espolón una vez más a la "Covadonga" en una costa cuyos bajos no conocía bien. Así, uno tratando de atacar al espolón y el otro eludiendo, llegan ambos buques a la restinga de rocas que se extiende fuera de Punta Gruesa. Moore, incomprendiblemente, pues eso era un desatino, estando a 250 metros de la "Covadonga", forzó la máquina para embestir a la goleta y se fue encima en forma incontenible. En ese momento se encontraban ambos buques con proa a Punta Gruesa y con los bajos al frente. Condell dice en su parte: "no trepidé en aventurarme pasando sobre ella, rozando las rocas". En efecto, pasó sobre ellas y el buque rozó con su quilla las piedras, rechinando el casco y estremeciéndose, a pesar de tener tan poco calado. Acto continuo, Condell, comprendiendo claramente lo que tenía que acontecer, lanzó alegremente esta expresión: "¡Aquí se fregaron!" y ordenó instantáneamente caer a estribor y virar hacia atrás.

La "Independencia", sin comprender ese movimiento que la acercaba más al enemigo, embistió con fiereza con el espolón siguiendo exactamente el peligroso rumbo que la "Covadonga" acababa de salvar, y al hacerlo, chocó con incontenible violencia en el oculto arrecife montándose sobre la roca, quedando semi tendida de costado con su quilla destrozada y grandes vías de agua en el casco. La maniobra del ataque al espolón exigía que la gente se tendiera de bruces

para no ser derribada con el golpe, de modo que, al sentir el espantoso choque, ésta se puso de pie gritando: "¡Viva el Perú!", en el convencimiento que era la "Covadonga" la que había recibido el espolonazo. Condell, velozmente, no bien vio tumbado a su adversario, que tantos destrozos había causado en su buque, gobernó a ponerse por su popa, donde no podía recibir sus fuegos. Al pasar por el costado, le disparó dos proyectiles de 70, que la "Independencia" contestó con tres tiros sin efecto. La marinería gritaba que estaba rendida. La fragata arrió su bandera y la reemplazó por una de parlamento. Condell de inmediato cesó el fuego y se puso al habla con el comandante rendido, quien de viva voz le repitió lo que había indicado al arriar su bandera, pidiéndole, al mismo tiempo, que le enviara un bote.

Este hecho, que figura en el parte de Condell, fue negado por los peruanos; pero lo aseguran los sobrevivientes del combate y está atestiguado con la firma del Presidente Prado en el sumario que mandó instruir al comandante Moore y que le costó ser arrestado en Arica.

Condell inicialmente deseó enviar un bote a buscar a Moore, lo que también se lo aconsejó Orella; pero, recapacitando, creyó más conveniente acudir en auxilio de la "Esmeralda", de cuya suerte nada sabía. Era pasada la una de la tarde, ya la "Esmeralda" yacía en el fondo del mar y el drama de Iquique estaba consumado y el "Huáscar" avanzaba a toda máquina en busca de la "Covadonga" y a reunirse con la "Independencia". Por eso, cuando la "Covadonga" había navegado apenas una milla hacia el Norte y divisó al "Huáscar", Condell pudo deducir la suerte que había corrido su amigo y compañero Arturo Prat y su corbeta. En consecuencia, viró rápidamente y puso proa directa al Sur.

LAS PERDIDAS Y AVERIAS DE LA "COVADONGA"

En el desigual combate entre la "Covadonga" contra el "Huáscar" e "Independencia" primero, luego con la "Independencia", y las lanchas y posteriormente con la fragata blindada en la memorable jornada del 21 de mayo, la "Covadonga" combatió durante cuatro horas, has-

ta las 12 horas 35 minutos. Durante ese lapso, disparó 38 balas sólidas de a 70 libras; 27 granadas de a 70; 30 granadas comunes de a 9; 4 granadas de segmento de a 9; 15 tarros de metralla y 34 balas de a 9; 3.400 tiros de fusil y 500 de revólver. Las pérdidas de vidas fueron las siguientes: muertos: cirujano 1º don Pedro Regalado Videla, a quien una bala le destrozó los pies y murió a las 7 de la tarde; grumete Blas Téllez; mozo Felipe Ojeda; heridos: contador don Enrique Reynolds, en un brazo, en circunstancia de hallarse en el puente, de ayudante de Condell; contraalmirante 2º Serapio Vargas; guardián 2º Federico Osorio; fogonero 2º Ramón Orellana; marino 2º José Salazar; soldado Domingo Salazar. El contraalmirante 2º Serapio Vargas falleció el 7 de junio a causa de las heridas recibidas el 21 de mayo.

Los daños causados por la artillería enemiga fueron: una bala de cañón del "Huáscar" de a 300 que atravesó el buque de babor a estribor, rompiendo el palo trinquete en el entrepuente y salió a flor de agua. Este proyectil fue el que hirió al cirujano Videla y mató al mozo Ojeda. Dos impactos, ambos a estribor y a flor de agua. El segundo bote destrozado y la chalupa perdida totalmente con uno de sus pescantes. La jarcia del palo mayor cortada de banda a banda y la del palo trinquete cortada a estribor. A popa, en la bovedilla, una bala dejó su forma, sin penetrar, e innumerables tiros de rifle como de ametralladoras, dejaron sus marcas en todo el buque.

LO QUE SUFRIO EL "HUASCAR" Y BALANCE MATERIAL DEL COMBATE

En la relación oficial que pasó Grau sobre los perjuicios sufridos por su buque se lee:

"Siete balas que han golpeado en el costado de la parte comprendida del trancañil a la línea de agua sin producir daño alguno, sino ligeras abolladuras.

"Dos cascos de bombas tocaron la torre del comandante sin producir daño alguno.

"Una bomba que chocó con la torre al pie de los postes donde estalló moviendo un poco la unión de las planchas y

haciendo salir unas líneas a los pernos próximos a este sitio".

Tuvo, además, el "Huáscar" un muerto, el teniente Velarde, un oficial y seis hombres heridos y recibió otras averías menores en el casco, chimenea, cubierta y arboladura, especialmente en el trípode del palo trinquete. Tuvo también una ligera vía de agua por la proa y el espónlon sufrió dobladuras.

Como puede apreciarse, al blindado no le hicieron mella ni la artillería ni el fuego de fusilería de la "Esmeralda" y la "Covadonga".

Chile perdió la "Esmeralda", nave vieja e inservible y hubo de lamentar la muerte de hombres esclarecidos. La "Covadonga" habría de quedar de para por un tiempo para reparar sus averías.

El Perú perdió la fragata acorazada "Independencia", con 4 muertos y 21 heridos en su personal. Este buque era superior al "Huáscar" en andar y representaba, en sí misma, la tercera parte del poder naval peruano.

El balance, sólo en lo que a material se refiere, fue altamente favorable a Chile.

Veremos más adelante el alcance moral de esta histórica jornada, digna de figurar en el libro de oro de las acciones navales más destacadas del mundo.

EL "HUASCAR" EN PUNTA GRUESA

Terminado el épico drama de Iquique, el "Huáscar" se dirigió a toda máquina al Sur. A las dos de la tarde divisó a la "Covadonga" y la persiguió siempre hacia el sur. Al divisar a la "Independencia" montada en una roca y tumbada comprendió en todo su valor el alcance de la catástrofe. Era demasiado hábil e inteligente para no darse cuenta que su patria había recibido un golpe tremendo. Tantos desvelos y tanta prisa por alistar ese buque para que, en el primer encuentro, todo estuviera perdido. Vio a su paso a los náufragos dirigirse a tierra en los botes de la "Independencia" y un grupo de hombres amontonados en cubierta. Sin embargo consideró más útil y rentable perseguir a la "Covadonga" que se encontraba cerca de 6 millas al sur, a razón de tres nudos de velocidad; pero luego reflexionó que no debía avan-

zar sin reconocer antes la magnitud del accidente que dejaba atrás y volvió a reunirse con la "Independencia". Ordenó incendiar la nave y, una vez a bordo el comandante Moore y los pocos náufragos que quedaban de su buque consorte, puso nuevamente su proa al sur en persecución de la "Covadonga", que ahora se veía sólo como un punto lejano en el horizonte.

Pero ello no duró mucho, por cuanto Grau creyó que le sobrevendría la noche y no la alcanzaría. Al parecer, sobreestimó la velocidad de la "Covadonga" y resolvió regresar a Iquique. La goleta en cuanto oscureció, puso rumbo al oeste hasta medianoche, momento en que, creyendo que el "Huáscar" hubiese cesado en su propósito de perseguirla, emendó rumbo hacia tierra, dirigiéndose a Tocopilla, adonde llegó en la tarde del día siguiente, haciendo agua por todas partes, con la tripulación agotada de tanto achicar y baldear y tapar con lonas las aberturas que a cada instante se reabrían. En Tocopilla la recibió el capitán don Alonso Toro Herrera, 2º jefe de la guarnición.

El jefe la había tomado inicialmente por enemigo y se preparaba para rechazarla; pero al distinguir su bandera, cesó todo intento.

Cuando se supo en tierra lo ocurrido, la población se precipitó al glorioso buquecito a reparar sus averías.

LA "COVADONGA" SE DIRIGE A ANTOFAGASTA

En Tocopilla, Condell cumplió el penoso deber de llevar a tierra y depositar solemnemente en la iglesia del pueblo, los cadáveres de los tres muertos en el combate, quienes fueron acompañados por el teniente Estanislao Lynch, el contador Reynolds y parte de la tripulación.

En la tarde del 23 de mayo el buque salió, semi-reparado hacia el sur, hasta las 11 de la noche, en que a causa del viento no pudo avanzar más de una milla por hora, por lo que Condell resolvió regresar a Tocopilla y esperar la calma. Salió a las 5 de la madrugada del 24, con una floja brisa del norte, que le permitió dar la vela, fondeando en Cobija a las 12 del día. En este puerto se puso en comunicación con el vapor "Santa

Rosa" que venía del norte, y embarcó en él a los heridos y al contador Reynolds para que informara al general Arteaga en Antofagasta sobre el estado en que venía su buque y le enviara un buque para remolcarlo. Salió de Cobija a las 3 de la tarde y, navegando muy cerca de la costa, pasaron a la vista de Mejillones y arribaron a Antofagasta. 20 millas antes de llegar a este puerto, recibió la "Covadonga" remolque del "Rímac", que la condujo al fondeadero, echando el ancla a las 3 P.M. del 25.

CRITICA AL COMBATE DE IQUIQUE

La actitud táctica tomada por Prat no pudo haber sido mejor. Ante un enemigo tan extremadamente poderoso y estando en una abrumadora inferioridad, nadie habría podido juzgarlo severamente si hubiera levantado el bloqueo y escapado hacia el sur; pero esto habría sido un suicidio por el mal estado general de su buque. Por otra parte, de haber tomado esa decisión, no habría podido abordar al "Huáscar" como era su propósito. Permaneciendo estacionado entre la isla y la costa, limitaba el campo de maniobras del adversario para emplear el espolón, haciéndolo creer, por su inmovilidad, que estaba protegido por algún obstáculo. Esta impresión la tuvo el comandante Grau por el falso informe del capitán de puerto. Por otra parte, la posición de Prat dejó a Grau en una embarazosa situación, pues se veía obligado a dirigir sus fuegos con peligro de la población. Después, cuando desde tierra se le hizo disparos de artillería, a muy corta distancia, fuego que era realmente mucho más eficaz y peligroso que las granadas de 300 del "Huáscar", Prat hizo bien en dejar el lugar, porque sus costados de madera estaban sufriendo un rudo castigo de las baterías de campaña.

La "Esmeralda" sostuvo un nutrido y bien dirigido fuego de sus cañones, como quedó comprobado por un proyectil que cayó en la torre de artillería del "Huáscar". Otros tiros casi cortaron el trípode del palo trinquete, llegando a dejarlo tan inseguro, que al caer podría haber causado perjuicios serios a la torre.

Cuando empezó el ataque al espolón, Prat llamó a su gente al abordaje y, como se ha dicho, no fue oído por el es-

truendo y bullicio ensordecedor de los estampidos y por la muerte del corneta. Si el contacto hubiera sido de larga duración, el comandante Prat habría podido abordar con toda su tripulación la cubierta del "Huáscar", con buenas posibilidades de capturarlo, por cuanto, según la opinión del comandante del blindado, sus tripulantes, a excepción de pocos, se hallaban desalentados. La tentativa de Serrano fracasó también debido a la habilidad de Grau para retirarse de inmediato. Al tercer espilonazo, la "Esmeralda" era un buque totalmente inmóvil, que no podía hacer nada para esquivarlo. El fuego de fusilería de la corbeta fue tan bien sostenido que los peruanos creyeron que provenía de ametralladoras, de las cuales carecían ambos buques chilenos.

La "Esmeralda" era un barco de madera, ya carcomida, que sólo daba una velocidad insignificante de 2 a 3 nudos; sin embargo, resistió el ataque de un monitor, de un andar de 11 nudos, que venía de ser carenado, cuya artillería era inmensamente superior a la de la corbeta. La resistencia de ésta y la incapacidad de los artilleros del monitor, decidieron a Grau a emplear el espolón, el que se usó por tres veces consecutivas antes de tener pleno éxito.

Mientras la "Esmeralda" conservó su máquina en condiciones de moverse, pudo transformar un choque perpendicular en uno oblicuo, y habría podido abordar al "Huáscar" si éste no se retira tan rápidamente.

En circunstancias ordinarias, cuando dos buques tienen buena velocidad y condiciones marineras apropiadas, un ataque al espolón es muy difícil, por la facilidad del atacado de eludirlo. Grau, antes del primer espilonazo no conocía las verdaderas condiciones de maniobra de la "Esmeralda" y, en consecuencia, con su sola artillería, a muy corta distancia, pudo haberla echado a pique, sin exponerse a sufrir averías en su espolón. La táctica empleada le fue impuesta, como hemos dicho, por la ineficiencia de su personal de artilleros, pues no es explicable que un buque acorazado, con artillería de 10 pulgadas, haya tenido que recurrir al ariete contra uno de madera sin protección.

Si la "Esmeralda" hubiera sido un buque con tanta facilidad emplear su espolón? Si la artillería de la "Esmeralda" rebotaba en la coraza del monitor ¿para qué acercarse tanto, exponiendo al buque a un tiro afortunado en las partes de popa o proa con menor protección? ¿Para qué exponerse a ser tomado al abordaje?

CRITICA AL COMBATE DE PUNTA GRUESA

Condell procedió bien. Manejó su buque con gran habilidad y la única táctica posible era navegar pegado a la costa para evitar que la "Independencia" se le acercara demasiado. El fuego de artillería que mantuvo fue excelente. La fragata enemiga no logró un solo impacto de su colisa de proa en la "Covadonga". La habilidad táctica de Condell y sus hombres impidió a la "Independencia" hacer uso de este peligroso cañón, porque no lo dejaban cubrir los disparos de los tiradores instalados en la toldilla de la goleta chilena.

El fuego de fusilería de ésta obligó a mantener a la tripulación peruana bajo cubierta, restándole eficiencia a su artillería. Según declaró el comandante Moore, él creyó que ese tiroteo de fusiles era de ametralladora, lo mismo que pensó Grau respecto del de la "Esmeralda".

Si la "Covadonga" seguía por aguas bajas, la "Independencia" no debía seguirla para espolonearla. Tenía una inmensa superioridad en velocidad, de modo que Moore pudo haber maniobrado a su gusto, manteniendo el fuego a la distancia que hubiera querido. Sin embargo, cometió la insensatez de seguirle la estela, metiéndose imprudentemente en la boca del lobo, por ese afán predominante del empleo del espolón y menosprecio del verdadero valor de la artillería.

La única probabilidad que tenía Condell de salvar su nave fue la que adoptó, de pasar audazmente por sobre el bajo de Punta Gruesa aprovechando la obcecación de Moore de combatir al espolón. Y lo logró. La "Independencia", naturalmente, con la táctica seguida, se fue a incrustar en el bajo y quedó irremisiblemente perdida.

Puede atribuirse esta obstinación de Moore en combatir en la forma elegida a la incompetencia de sus artilleros.

La "Covadonga" estaba muy averiada con un proyectil de 300 del "Huáscar" que la había atravesado de parte a parte y hacía mucha agua. Si el combate hubiera continuado con la "Independencia" lejos de los bajos, la acción habría durado muy poco más, pues con pocas granadas bien dirigidas la goleta habría sido hundida o habría quedado inutilizada.

Por otra parte, si Moore, haciendo uso de su gran diferencia de velocidad, hubiera adelantado a la "Covadonga" y le hubiera cortado la retirada, la habría obligado a aceptar combate lejos de la costa o la habría visto en la necesidad de tener que vararse. Pero nada de esto hizo, sino que obró impulsado por la manía del espolón, con el resultado de todos conocido.

LAS PRIMERAS NOTICIAS DEL COMBATE

Las más ajustadas a la verdad sobre lo ocurrido se tuvieron en el Perú, a través de un artículo que escribió el director y principal redactor del diario "El Comercio" de Iquique, al día siguiente del combate, don Modesto Molina, escritor y periodista peruano de gran prestigio alcanzado en una fecunda labor en las letras.

Comenzaba aquella crónica, que es una pieza autorizada, puesto que sus redactores fueron testigos presenciales de la acción, como sigue:

"Con el objeto de que nuestros lectores puedan comunicar al exterior algunos detalles sobre el combate de ayer, nos apresuramos a dar el siguiente boletín". Y terminaba así:

"Hemos procurado hacer esta narración lo más exacta posible, recordando lo que con toda calma hemos visto y tomando la palabra de varios oficiales de Marina, actores en este primer hecho de armas en la guerra a que tan injustamente nos ha provocado Chile. Por la redacción, Modesto Molina".

De la versión que hace el Sr. Molina sólo extractaremos algunos fragmentos,

que dan testimonio elocuente de lo ocurrido, sin conocerse, por supuesto, ningún parte oficial todavía, por lo que contiene algunas inexactitudes de detalle, que no vale la pena rectificar por ser la primera versión completa que se publicó:

"A las 7.15 de la mañana del 21 se avistaron dos buques que venían del norte, los cuales todos suponían ser enemigos.

"Uno de ellos avanzó hacia el oeste del puerto, tomando poco después rumbo al fondeadero.

"En el acto se pusieron en movimiento la "Esmeralda" y la "Covadonga" y el transporte "Lamar", que mantenían el bloqueo en este puerto.

"Como los dos buques que asomaron despedían mucho humo, sospecharon sin duda los bloqueadores que eran de los suyos. Sin embargo, para cerciorarse más se dirigieron hacia el que veían entrar por el oeste.

"Reconocido que fue el "Huáscar", que era el primero que hizo proa a nuestro puerto, la "Covadonga" se acercó al transporte "Lamar" y le dio orden de irse al sur a toda máquina. El "Lamar" con toda fuerza tomó el rumbo que se le había indicado.

"Mientras esto tenía lugar, el "Huáscar", izando el hermoso pabellón peruano, disparaba el primer cañonazo sobre la "Esmeralda", que a su regreso después de reconocer nuestros buques se entró al fondeadero para impedir que el "Huáscar", por no dañar a la población, le hiciera fuego.

"La "Independencia" avanzó hacia el sur, con el objeto de impedir que la "Covadonga", que tiene muy buen andar, se le escapase. Fue entonces cuando se trabó un combate recio por nuestra parte y desesperado por la del enemigo, que ha demostrado un heroísmo espartano.

"Jaqueada la "Esmeralda" por el "Huáscar", que la perseguía con ligeras evoluciones que ella hacía entre nuestra rada y el Colorado, único trayecto que pudo recorrer, porque no tenía escape ni al norte ni al sur, el monitor le hacía fuego por elevación a fin de lograr que la corbeta se rindiese; que desde el principio fue ese el objeto del valiente comandante señor Miguel Grau, lo prueban las bombas y balas rasas que reventaron

en el cerro de Huantaca y en el que está frente a la casa del señor Williamson.

"La "Esmeralda" sostenía el fuego con un tesón admirable, haciendo certeras punterías a flor de agua y por elevación, pero el "Huáscar" le respondía de tarde en tarde a fin de no dañarla. En uno de los movimientos de la corbeta chilena, se puso frente y muy cerca de la estación del ferrocarril. Entonces el señor general Buendía, que para todo caso hizo colocar la artillería de campaña por ese punto, ordenó que rompiese ésta el fuego sobre el buque chileno, y que igual cosa hiciesen los soldados.

"En efecto, las piezas de a nueve empezaron a hacer un fuego pronto y certero, al cual contestó la corbeta con una andanada y con tiros de fusilería tan sostenidos que parecían los de dos ejércitos numerosos que se baten encarnizadamente.

"Después de sesenta cañonazos de tierra, más o menos, se consiguió desalojar a la "Esmeralda" que buscaba, siempre haciendo fuego, la salvaguardia de la población para no perderse. Mientras tanto, la "Covadonga" huía y huía a toda máquina hacia el sur, recibiendo los constantes tiros de la "Independencia" y respondiéndoles con denuedo y buen éxito. Hubo un momento en que se creyó perdida la "Covadonga". Entonces hizo rumbo al interior de la caleta Molle, siempre combatiendo.

"Mal manejada la "Independencia", no conocedor, sin duda, su comandante, de esa bahía y sus malos bajos, y por otra parte, deseando tomar el buque sin causarle grave daño, emprendió su persecución.

"Pero sucedió que en vez de tomar rectamente al sur para ganarle la vanguardia a la "Covadonga", que dentro de Molle tenía que describir una semicircunferencia para verse fuera de la ensenada, el blindado peruano tomó la retaguardia y emprendió la persecución del buque enemigo, el cual, muy pegado a la costa daba todo su andar a la máquina para lograr la fuga. Tanto se acercó a la playa que la guarnición que está en Molle le hizo fuego de fusilería, al que la "Covadonga" contestó inmediatamente.

"Forzando su máquina, la "Independencia" pudo dar caza a la "Covadon-

ga", que iba completamente destrozada.

"Se puso al alcance de ella frente a Punta Grande (sic) que dista como 9 millas y algo más de este puerto.

"A pesar de su mal estado, la "Covadonga" hacía fuego de cañón y de rifle.

"Entonces el comandante Moore resolvió pasarla por ojo e hizo que su buque forzara para verificar la operación.

"Desgraciadamente, cuando esta maniobra tenía lugar, el blindado chocó por el costado de babor en una roca, abriéndose e inclinándose de ese lado.

"En el acto se esparció el desaliento y la confusión. Se echaron botes para salvar la gente y la que no tuvo embarcaciones se arrojó a nado para salvar la playa.

.....

"El combate entre el "Huáscar" y la "Esmeralda" había tomado más calor, haciéndose ya insostenible por parte del buque chileno, cuyas averías principiaban a ser de consideración. Fue entonces cuando el comandante Grau vio llegado el momento supremo. Fuera de los tiros de cañón, la "Covadonga", que huía sin que pudiera darle caza la "Independencia", y viendo que se prolongaba el combate, decidió ponerle fin con un acto de heroísmo.

"Cuando la "Esmeralda" estaba frente al Colorado, al norte de este puerto, le arremetió el "Huáscar" con su espo'ón, descargándole antes dos cañonazos que inutilizaron algunas piezas del enemigo.

"La corbeta principió a hacer agua.

"Al habla ambos buques, el comandante Grau intimó rendición a la "Esmeralda", pero el jefe de la corbeta chilena se negó a arriar su bandera. Viendo el señor Grau que era inútil toda consideración, arremetió por segunda vez con su buque a la "Esmeralda", que entonces, como anteriormente, no había cesado de descargar sus cañones.

"En este segundo choque, se desconcertó el eje de la máquina de la corbeta chilena y una bala del monitor le mató 36 hombres.

"Era preciso que se diese fin a un drama tan sangriento y que no conoce ejemplo en la historia del mundo,

"Así fue. A una evolución de la "Esmeralda" en que presentó hacia el sudoeste su costado de estribor, le acometió por tercera vez el "Huáscar" con su ariete, descargándole dos cañonazos. Uno de éstos le llevó por completo la proa por la cual principio a hundirse.

"Fue en este tercer choque cuando el comandante Prat de la "Esmeralda" saltó revólver en mano sobre la cubierta del "Huáscar" gritando: "¡Al abordaje, muchachos!" Lo siguieron un oficial, Serrano, que llegó hasta el castillo, donde murió, un sargento de artillería y un soldado.

"Todos éstos quedaron en la cubierta muertos.

"Prat llegó hasta el torreón del comandante, junto al cual estaba el teniente señor Velarde, sobre el que hizo tres tiros que le causaron la muerte. Entonces un marinero acertó a Prat un tiro de combain en la frente, destapándole completamente el cráneo, cuyos sesos quedaron desparramados sobre cubierta.

"Mientras esas sangrientas escenas tenían lugar sobre la cubierta del "Huáscar", la "Esmeralda" desaparecía. En efecto, se inclinó hacia estribor, que fue por donde el ariete la cortó, y algunos segundos después se hundió siempre de proa.

"El pabellón chileno fue el último que halló tumba en el mar.

"Al hundirse la "Esmeralda", un cañón de popa por el lado de estribor hizo el último disparo, dando la tripulación vivas a Chile. Después de la catástrofe, que apagó los gritos de entusiasmo con que desde el principio eran saludados los tiros del "Huáscar" por el pueblo y el Ejército, siguió el estupor y el silencio de todos. La impresión que en los habitantes produjo el hundimiento del buque enemigo, pudo más que la alegría y la apagó. ¡Tremendos misterios del corazón humano!"

* * *

La versión peruana que hemos visto tiene errores, como el del salto de Prat al tercer espolonazo y la muerte de Velarde, atribuida a Prat y otros detalles, pero destaca claramente el salto al abor-

daje de Prat, que algunos historiadores y cronistas peruanos han tratado en vano de negar.

En Chile, la primera noticia llegó a Valparaíso por el cable submarino.

El 23 de mayo el General en Jefe en Antofagasta enviaba al Ministro de la Guerra el siguiente cable: "Lamar", arribado ayer tarde, comunica: "El 21 a las 8 A.M. "Huáscar", "Independencia" atacaron en Iquique a "Esmeralda" y "Covadonga". Según conjeturas fundadas, "Independencia" varó en Punta Gruesa, persiguiendo "Covadonga", que volvió rompiendo fuego, sin respuesta. "Esmeralda" entre tanto combatía en el puerto con el "Huáscar" cuyas punterías eran poco certeras. El combate duraba después de tres horas y media que "Lamar" perdió vista. Ignórase paradero del resto Escuadra. El convoy (de tropas) llegó sin novedad".

A las 3 P.M. del mismo día 23 recibió un segundo mensaje, en el cual se anunciaba: "La "Covadonga" está en salvo y se ignora la suerte de la "Esmeralda".

La noticia, como era lógico, produjo una intensa emoción y se esparció a todo el país de inmediato. Primeramente, el pesimismo nacional se posesionó de los ánimos. No podía ser cierto lo de la varada de la "Independencia". Debían ser invenciones de las autoridades de Antofagasta o del propio Gobierno para ocultar la magnitud del desastre. No se podía concebir una lucha entre esos dos buques chilenos, los más ancianos contra los blindados peruanos, con el más mínimo viso de éxito. Pero luego surgió una nueva conjetura: que la "Esmeralda" y la "Covadonga" se habían hundido con la bandera al tope. Se decía que el comandante de la "Esmeralda" había hecho volar la santabárbara, prefiriendo morir antes que entregar su buque. Lo que era increíble era que Condell hubiera presentado combate a la más poderosa de las naves adversarias, la más grande de la América del Sur.

Pronto llegó un telegrama diciendo que la "Covadonga" había llegado a Tocopilla con dos oficiales muertos y 100 heridos. Las campanas empezaron a repicar y la población llenó las calles de Santiago. A las 10 de la mañana del 24 se conocieron detalles del heroico sacri-

ficio de Prat y del glorioso triunfo de Condell. Apareció una reacción de orgullo y confianza que Chile no conocía desde los lejanos tiempos de Yungay. Comenzaron los estruendosos ¡Vivas! a medida que el telégrafo iba dando más pormenores del suceso. La multitud en Santiago se fue acercando a la estatua de O'Higgins, arrastrados por una fuerza desconocida. De pronto se oyó un ¡Viva Chile! entre sollozos. Era don José Zegers, padre del guardiamarina don Vicente Zegers, a quien se suponía muerto en el combate de Iquique.

La multitud multiplicó el ¡Viva Chile! y se organizó un desfile en la ciudad. Hablaron el Ministro de Justicia, don Jorge Huneeus, luego el Presidente Pinto y en seguida don Ventura Blanco Viel. En ese momento el Gobierno ordenó salvas de artillería en el cerro Santa Lucía.

Aquí ocupó la tribuna don Benjamín Vicuña Mackenna, quien entusiasmó a la multitud pidiendo un monumento. El entusiasmo subió de tono cuando don Carlos Rogers informó que un telegrama hacía saber que Prat había saltado al abordaje y que había muerto sobre la cubierta del enemigo.

En Valparaíso las calles se llenaron de gente; se abrazaron los amigos y se reconciliaban los adversarios; en el club chocaban las copas y se daban gritos de vivas a Chile, a Prat, a Condell, a la "Esmeralda" y a la "Covadonga". Sonaron las bandas de músicos, se encendieron luminarias y se izaban las banderas.

Se interrumpió la función del teatro para cantar el himno nacional. Un grupo considerable se dirigió a la casa de Condell a saludar a la esposa del héroe y desde los balcones de la Intendencia don Eduardo de la Barra pedía la erección de un monumento, lo que era apoyado por el Intendente Altamirano, que pedía, además, una nueva "Esmeralda".

Así como en Santiago y Valparaíso, en otras ciudades las gentes realizaban manifestaciones patrióticas, que levantaban un entusiasmo delirante y empezaron a salir voluntarios para la guerra. Un diario de Concepción decía que jamás se había presenciado una exaltación de ánimo más grandiosa y sublime. Oradores, como los hermanos Castellón y Aníbal Las Casas exteriorizaron el sentir de la

multitud. La Municipalidad dio el nombre de "Arturo Prat" a la avenida paralela al ferrocarril.

En todo el territorio era igual. Las banderas flameaban en las ciudades y hasta en los más apartados pueblos del interior. En todas partes, las multitudes de hombres y mujeres expresaban su admiración a sus héroes y pedían un monumento para Prat y una nueva "Esmeralda".

Prat así se encarnó en el pueblo. Fue su héroe popular. Representó desde entonces a la nacionalidad chilena.

LA ADMIRACION UNIVERSAL

La hazaña inmortal de Iquique traspasó las fronteras y todo el mundo civilizado rindió homenaje a los oficiales y tripulaciones chilenas. El testimonio de los extranjeros domiciliados en Iquique levantó a gran altura el nombre y la gloria de los jóvenes marinos chilenos. La prensa universal proclamó que jamás se había sobrepasado tal heroísmo. El Perú participó de esa admiración general. El comandante Grau, en un gesto que lo honra, recogió la espada y prendas particulares que se encontraron en el cadáver de su heroico enemigo y se las envió a la viuda de éste acompañadas de una carta en que le decía que su esposo "fue víctima de su temerario arrojo en defensa y gloria de la bandera de su Patria".

El Jefe del Estado Mayor de la plaza de Iquique escribió en un parte oficial del combate, el mismo día, a las 2 de la tarde, cuando aún ignoraba la suerte corrida por la "Independencia". Dando cuenta del hundimiento de la "Esmeralda" se expresa así:

"Entonces el "Huáscar" a toda máquina se fue sobre ella, y después de un rudo choque la echó a pique, sucumbiendo heroicamente con sus tripulantes". "Indescribible es, señor general, el entusiasmo y decisión que tanto la fuerza de línea como los guardias nacionales han manifestado al presenciar el combate naval, que hará época en las anales de la historia contemporánea".

"The Times" de Londres hacía este comentario:

"Este es uno de los combates más gloriosos que jamás haya tenido lugar. Un

viejo buque de madera casi cayéndose a pedazos, sostuvo la acción durante tres horas y media contra una batería e tierra y un poderoso acorazado y concluyó con su bandera al tope".

Juicios semejantes emitieron los diarios de Alemania, Francia, el Japón, España, Estados Unidos, Argentina y el Uruguay.

* * *

El teniente Masson, de la Marina de los Estados Unidos escribió:

"¿Este joven comandante de división (Prat) estaba llamado a rendirse? La respuesta a esa pregunta fue su conducta en el combate que iba a tener lugar, combate que asombró al mundo naval, que estableció el precedente de que no importa cuál sea la desigualdad de fuerzas, que todo buque debe combatir hasta el último instante, y que a causa de la inteligencia e intrepidez que lo caracterizaron y de los perjuicios positivos causados al poderoso asaltante, merece toda una página en los anales de la fama. La "Esmeralda" se hundió con la bandera al tope, haciendo fuego con todos sus cañones".

El comandante de la fragata norteamericana "Pensacola" John B. Rogers, que llegó a Iquique después del combate e informado por los que lo presenciaron, dice: "Desde que hay mar y desde que hay Marina, jamás se había presentado nada más grande y heroico que la conducta de Prat y sus compañeros" (*).

Un oficial de la Marina norteamericana que se encontraba en el Pacífico, teniente Arthur Wilkes, escribía a un amigo de Valparaíso:

"Si se presenta la oportunidad de hablar con alguno de los oficiales chilenos que montaban la "Esmeralda" y la "Covadonga", sírvase Ud. manifestarles la manera cómo sus hermanos, los oficiales de Marina de todo el mundo, aprecian su brillante comportamiento, que servirá de estímulo y de dignísimo ejemplo en los siglos por venir, si bien yo dudo que semejante acción pueda repetirse".

* * *

(*) "Historia de la Guerra del Pacífico". Luis Adán Molina.

"The Globe", de Londres decía al respecto:

"Los marinos chilenos gozan de la reputación de ser los más hábiles de su profesión de la costa del Pacífico y el resultado de este combate confirma esta creencia".

"The Standard", de Londres:

"Es evidente que los chilenos se batieron con extraordinario heroísmo. "Esmeralda" aceptó el combate con un adversario manifiestamente superior en fuerza y al hundirse por el golpe dado por el espolón del blindado, su heroico capitán con su pequeño grupo de sobrevivientes saltó a bordo del buque enemigo y murió allí peleando noblemente".

"Le XIX Siècle" de París:

"Al mismo tiempo que el capitán de la "Covadonga" ha demostrado cuánta es la habilidad de los chilenos, el capitán de la "Esmeralda" ha dado ejemplo de saber morir.

"Obligado a aceptar el combate con un enemigo formidable, negándose a rendirse, espoloneado y echado a pique, ese valiente marino se lanzó, espada en mano, a bordo del "Huáscar", seguido por algunos hombres escapados del naufragio y allí, en el espacio de unos cuantos metros, se trabó una lucha encarnizada, que no terminó sino con la muerte del último marino chileno.

"Tales hechos de armas no necesitan comentarios. Morir así es levantarse vencedor".

"Allgemeine Zeitung" de Berlín:

"Van disipándose las tinieblas con que aparecía, rodeada en parte, la sucesión de hechos que realizaron en la bahía de Iquique los dos buques de madera más débiles, en el ataque de los dos más formidables acorazados peruanos.

"Chile tiene justo motivo para estar orgulloso del nombre de esos buques y, sobre todo, de sus marinos. . . y por ello se ha enriquecido la historia de las guerras marítimas con uno de aquellos hechos, que a pesar de sus pequeñas dimensiones son radiantes, casi fenomenales y que siempre aparecerá como un punto luminoso en sus anales".

"The New York Herald Tribune":

"... el valiente capitán Prat y sus hombres son tales como Chile y el mundo entero los cree: verdaderos héroes".

"The Sun" de Nueva York:

"Una vez más el blindado espoloneó a la "Esmeralda" y casi inmediatamente ésta empezó a hundirse con toda su gente disparando sus cañones hasta que el agua los cubrió. Todos se hundieron gritando: "¡Viva Chile!".

"Lo último que se vio del viejo casco fue la bandera chilena flameando todavía".

"La Tribuna" de Buenos Aires:

"Arturo Prat ha sido un héroe y batalló hasta perder su vida en defender a su Patria. La "Esmeralda" era un bote al lado del "Huáscar" y sin embargo Prat no midió la distancia inmensa que separaba el poder de una nave y de la otra. Luchó, y cuando tuvo seguridad que el pabellón chileno no caería en poder del enemigo, porque lo entregaba a la profundidad del océano, saltó al "Huáscar" y selló con su sangre la gloria de la jornada. Rendimos un homenaje al heroísmo de Arturo Prat, colocando su retrato al frente de nuestras columnas".

"La República" de Buenos Aires:

"En presencia de la conducta sublime del heroísmo, en la resolución y en el valor del comandante Prat, de la corbeta chilena "Esmeralda", tenemos una palabra entusiasta de admiración al hombre que ha sabido ser héroe y mártir, glorificando su Patria con la sublimidad de su martirio.

"Que el respeto de la América republicana entone funerales sobre su tumba y los que tengan que batirse a la sombra de sus banderas se inspiren en el heroísmo de Prat".

"La Nación" de Montevideo:

"Un pueblo que consuma hechos y acciones sin ejemplo, como los que hemos relatado, es un pueblo que merece respeto, las simpatías universales y el asombro de todo el mundo. Ese es, pues, un pueblo inconquistable.

"Europa, estamos seguros y pronto lo sabremos, se inclinará enterneada ante

los recuerdos de esos sublimes héroes chilenos, y reverenciando y divinizando sus nombres a tan inmensa distancia, enviará a Chile los testimonios de su admiración profunda y de las lágrimas que tan cruento sacrificio hace derramar.

"El mundo no ha presenciado jamás combate igual.

"En presencia de una tumba de héroes, por ahora lo único que el deber y el corazón libre mandan, es inclinarse ante ella, y como hermanos de esos sublimes héroes chilenos, regarlas con nuestras lágrimas, y puesto que su gloria es inmortal, es gloria americana y, por consiguiente, gloria también Oriental".

* * *

Don Gonzalo Bulnes acota en su "Guerra del Pacífico" Vol. I pág. 187 de la edición de 1955, la admiración que al propio Grau le causó la conducta de los hombres de la "Esmeralda" al referir lo que el médico del "Huáscar", doctor Santiago Távara, le contara personalmente después del combate de Angamos y captura del monitor. Decía el doctor Távara que el comandante Grau quedó muy impresionado de la defensa de la corbeta y le repetía durante toda la tarde del 21 de mayo estas palabras impregnadas de admiración: "¡Doctor, cómo se baten estos chilenos!". Decía asimismo que Grau quiso castigar al soldado que asesinó a Prat y para evitarlo fue necesaria la intervención de él y algunos más, por cuanto esa medida podría causar mal efecto en la tripulación.

HOMENAJE DE LA "TOURQUOISE"

La fragata británica "Tourquoise" hizo extraer con buzos un trozo de madera de la vieja "Esmeralda" y labrar una cruz, que envió a Carlos Condell con la siguiente carta, que es el testimonio más precioso que ha podido recibir una Marina de guerra:

"Al bravo comandante Condell:

"Los oficiales del buque de S.M.B. "Tourquoise", admiradores del glorioso combate de la "Esmeralda" y la "Covadonga", sin ejemplo en los fastos navales, empeñaron sus esfuerzos por hallar el sitio donde la gloriosa "Esmeralda" sucumbió. Querían encontrar allí una re-

liquia que ofrecer al compañero del heroico Prat, caído cuando se hundía su buque, al tomar al abordaje al enemigo.

"A nadie pues, mejor que al comandante Condell, de la gloriosa "Covadonga", corresponde ser el depositario de la noble reliquia que hoy le enviamos".

EL SIGNIFICADO DE LA JORNADA DEL 21 DE MAYO

Ya hemos visto cómo se recibió en Chile la noticia del combate y el efecto extraordinario que produjo en las multitudes de todo el país. De ostensible y categórico desastre como aparecieron las primeras noticias, fue transfigurándose el suceso en un triunfo, cuando se supieron los detalles. Toda la nación comprendió que el sacrificio de Prat no era estéril, que la forma de vencer en una guerra era por medio de ellos. Que la contienda era, no una mera maniobra, sino un suceso muy trascendental, que necesitaba del esfuerzo colectivo, pero de un esfuerzo lleno de coraje y energía. La pérdida de un buque en las condiciones en que se hundió, lejos de abatir los ánimos, los exaltó y surgieron como por encanto verdaderas muchedumbres de reclutas, que se peleaban el honor de servir en el Ejército o en la Marina para reemplazar a los que habían dado su vida en defensa de su Patria y el honor de su bandera. La guerra desde ese mismo día cambió de fisonomía. A la abulia sucedió la actividad, la iniciativa, el espíritu de lucha. Renació el empuje viril de los irreductibles araucanos.

El gesto de Prat movió el alma nacional y su sangre y la de sus compañeros cayó como semilla sobre el suelo chileno y sobre el mar de sus costas y produjo un impulso irresistible con el cual todo el país se levantó resuelto a emular a aquellos héroes, que prefirieron la muerte segura a entregarse al enemigo. Al conocerse la verdadera personalidad de Arturo Prat, que no era un hombre belicoso, sino de carácter tranquilo y afable, pero sí resuelto, como lo demostró en aquel temporal en que su buque estuvo en peligro y saltó del lecho de enfermo para recogerse a bordo, el pueblo se conoció a sí mismo. ¿Por qué no habría de poder ser emulado? Esa dignidad heroica y callada, su sacrificio consciente y

sereno, su inquebrantable respeto hacia el deber, su entereza ante la muerte, crearon en Chile una fuerza moral de tal magnitud que todos, a su modo, quisieron seguir su ejemplo y cumplir con su deber.

Su tranquila y a la vez vibrante arenga, dicha en los momentos de mayor peligro y cuando se presentía un combate imposible, produjo tal impresión en la ciudadanía toda, sin distinción de clases, ideas ni pareceres, que aglutinó al pueblo en un solo cuerpo, dispuesto a luchar hasta la muerte si fuese necesario. Tal fue el efluvio de este sacrificio sin antecedentes en la historia del país.

Chile encontró su héroe popular. Prat no citaba en su inmortal arenga a sus hombres, citaba al pueblo a cumplir con su deber, a salir de la rutina y del materialismo para seguir el camino que la guerra exige, el del esfuerzo y del sacrificio. Y el pueblo cumplió. Desde el 21 de mayo de 1879, la guerra quedó virtualmente ganada.

Esos héroes de Iquique y Punta Gruesa establecieron un mandato: "Luchar hasta la muerte sin preocuparse del poder del adversario".

En el 21 de mayo de 1879, el poder naval del Perú se redujo prácticamente a la mitad y con la tenaz y resuelta resistencia de los dos barquitos chilenos, se salvó el convoy con tropas a Antofagasta. Para Chile los combates de Iquique y Punta Gruesa fueron una gloria para su Escuadra, para su Marina de guerra. Fue la Institución completa la que dio muestras de su resolución y valor, la que se irguió en Iquique coronada de una aureola de gloria. Fueron las escuelas que educaron e instruyeron a esos hombres, que les inculcaron su proceder futuro, fueron

todos los buques que los prepararon y formaron profesionalmente, fue la Marina entera la gestadora de la épica jornada. La decisión del combate fue compartida por igual por ambos barcos. Ese jefe saltando al abordaje, esos otros que lo siguieron, esos marineros tocando a degüello hasta que la muerte los calló, el último cañonazo de Riquelme, la bandera izada en el pico de mesana, el sacrificio de los ingenieros, la habilidad de Conde, el denodado comportamiento de Orella, la lealtad y arrojo de Aldea y la maravillosa arenga de Prat, representaban toda una tradición naval desde los tiempos de Blanco y Cochrane, en que Chile se arrogó el honor de dominarle el mar a la orgullosa y valiente España y permitir en gran medida la emancipación de América.

BIBLIOGRAFIA:

"Guerra del Pacífico" — Gonzalo Bulnes. Editorial del Pacífico 1955.

"Guerra del Pacífico. Operaciones de la Escuadra Chilena" — J. Williams Rebolledo. Imprenta El Progreso, Valparaíso 1882.

"Guerra del Pacífico" — Recopilación en documentos — Pascual Ahumada Moreno. Imprenta El Progreso, Valparaíso 1884.

"Historia de la Marina de Guerra del Perú 1821-1924" — Manuel I. Vegas. Imprenta Lux, Lima 1942.

"Historia de Chile" — Francisco Antonio Encina. Tomo XVIII.

"Histoire de la Guerre du Pacifique" — Diego Barros Arana. Lib. Militaire, París 1881.

"Memorias del bloqueo de Iquique" — Jaime Puig y Verdager. Imp. El Telégrafo, Guayaquil 1910.